

deración ajena, y tengo que cumplir mis deberes. Nuestro amor ha sido un paréntesis delicioso, pero nada más que un paréntesis, y hay que cerrarlo.

— No — repuso Enrique —; yo seguiré amándote, seré tu esclavo, lo que quieras; pero no me abandones, no me abandones, no me olvides. Ámame siempre.

— ¡Imposible! — respondió Luisa.

— ¿Por qué?

La Condesa miró a Enrique con una mirada donde se confundían la lástima y la burla, y le dijo :

— Porque eres joven, porque eres inexperto, porque cometerías muchas locuras.

— ¡Yo!

— Sí: ¿qué edad tienes?

— Diez y ocho años.

— Pues sábelo, Enrique: a los diez y ocho años los hombres como tú sólo pueden tener queridas como yo en El Escorial.

LA CEBRA

La cebra.

Por la Carrera de San Jerónimo va y viene el torbellino ciudadano, describiendo espirales de carne elegantemente vestida. Del torbellino salen un eco mixto de voz humana y pateo de bestia y un vaho agrio, donde el tocador y la cuadra se funden. Las espirales de carne bien vestida chocan contra los escaparates de las tiendas, se rompen al envite de los carruajes, se retuercen sobre bocacalles y puertas, se apretujan en aquel angosto desfiladero iluminado por las luces eléctricas y se

deshacen al tocar la Puerta del Sol, para desvanecerse poco a poco en la atmósfera gris.

Esa multitud bien portada que tiene el gusto exquisito de prensarse todos los días, de seis a siete de la tarde, en la Carrera de San Jerónimo, lleva sobre sus cuerpos el marchamo de la moda y de la costumbre.

Los bigotes de los caballeros y los peinados de las damas tienen, respectivamente, la misma elevación; las levitas y los corpiños igual corte; los pantalones y las faldas confecciones parejas. Ni un sombrero se atreve a subir una línea más que los otros, ni un tacón de bota a ostentar una tapa menos que sus congéneres. Todos, hembras y varones, andan a igual paso; todos sonríen en idéntica forma; todos se estrechan la mano con parecido movimiento. ¡Santa y dulce uniformidad de ropas y

gestos, que transforma a los hombres en munición humana fabricada a máquina y por gruesas!

Santa y dulce uniformidad exterior, a la que generalmente corresponde la interior uniformidad de pensamientos y conciencias que se esclavizan a los despotismos sociales, como se esclavizan los cuerpos a los despotismos de la moda. Santa y dulce uniformidad, que nos hace inclinarnos reverente, humilde, servilmente, ante las torpezas de una ley o de una costumbre, como nos inclinamos reverente, humilde, servilmente también, ante las extravagancias de un sastre o las estulteces de un modisto.

¡Santa y dulce conformidad! ¡Sabia y cómoda nivelación humana, que acatamos por fuera igual que por dentro! ¡Gracias a ti, el cuerpo hermoso de la mujer, tan divinamente remarcado por la túnica griega y germánica, se ha convertido en antiesté-

tico maniquí, donde ballenas, elásticos y ahuecadores oprimen y caricaturizan las curvas deliciosas que la Naturaleza regaló a nuestras hembras! ¡Gracias a ti, los cerebros se encogen, las conciencias se reducen, las voluntades se achican y los hombres aparecemos metidos en la sociedad como trigo en medida por la que el medidor pasa cuidadosamente el raserol!

Declaro que me crispan los nervios esas imposiciones de la moda, esos decretos de la costumbre, esos despotismos sociales que regulan y uniforman nuestro vestido, nuestro paso, nuestras actitudes, nuestro lenguaje, nuestras ideas, nuestros sentimientos, nuestro ser entero, para convertirnos en monigotes del pim-pam-pum, que van y vienen a merced del pelotazo que reciben.

Mi condición, buena o mala, pugna contra esos apaisamientos humanos, donde

todo se reglamenta, las levitas y los sesos, los corazones y las botinas. Cuanto significa desnivelación, rebeldía, contraste, me seduce y me atrae.

Ello será muy censurable, pero así es. De ahí que me atraiga y me seduzca una criatura que todas las noches se acerca a la puerta de Lhardy, metiéndose entre caballeros y señoras, con su traje de colorines y su cara morena y sus ojos sombríos y su boca llena de luz.

Es una gitana. Su pelo cae en greñas al largo de las mejillas bronceadas; el peine se cuida poco en alisarlo; en cambio el sol lo azula y el resplandor de los focos eléctricos lo vuelve azabache; su boca, cuando ríe, se abre de par en par, enseñando los dientes blancos, más blancos aún sobre el rojo obscuro de la encía; su lenguaje es rudo; su vestir desaliñado; su andar brusco y sensual; por su boca salen palabras de

un idioma extraño; por el pliegue de su mantón la cabeza de un niño que ríe con los ojos y balbucea sílabas con los labios. Acaso ningún sabio estudió el idioma que habla aquella mujer; acaso ningún sacerdote prologó el nacimiento de la criatura que lleva la gitana en sus brazos.

Esa gitana no oprime su carne con las ballenas del corsé; las curvas de su cuerpo se destacan valientes, libres de toda sujeción, tras los harapos del traje, bajo las rojas entonaciones del corpiño, entre los pliegues de la faldilla azul; su cabeza sale del pañuelo carmesí con franqueza, con audacia provocativa de hembra guapa, segura de su poderío.

Allí está, en la puerta de Lhardy, entre señoritos elegantemente sastrados, entre señoras que lucen atavíos lujosos; allí está, con su belleza exótica, con su desordenada indumentaria, con su incomprensible

lenguaje, con sus ojazos llenos de sombra y su boca llena de luz; allí está, una y otra noche, rompiendo la santa uniformidad de la multitud que pasea; allí está la criatura humana, salvaje e indómita, refractaria a nuestras modas, a nuestras costumbres, al ambiente social que vivimos, rebelde y hermosa, representando entre los concurrentes a la Carrera de San Jerónimo lo que representaría una cebra entre un grupo de caballos gallardamente enjaezados: la independencia y la rebelión.

Nosotros los civilizados, tenemos, al igual del potro, que resignarnos a la doma; unos resistimos más, otros menos, pero todos aceptamos el bocado y sufrimos la silla y obedecemos a la rienda. Eso hace el caballo, la cebra no: con su hermoso cuerpo matizado de rayas, con su andar airoso, con su mirar bravío y hosco resiste a la doma, se rebela contra el jine-

te, rompe el freno, arroja en tierra los arreos y busca los campos para vivir libre de todo yugo...

Así hace la gitana que pasea entre la multitud ciudadana sus harapos y su independencia y su hermosura; la que se mofa de los señoritos que la cortejan, y sólo piensa en su hombre, en el macho de su misma raza, en el que la aguarda allá lejos, en las afueras de Madrid, donde el horizonte es más amplio y el aire más puro.

Así hace la gitana; y yo muchas veces, cuando observo el afán que las modernas sociedades sienten por anular al individuo, por encajonarlo, por uniformarlo, por convertirlo en munición humana, tengo envidia a la zíngara, a la rebelde criatura que se acerca todas las noches a la puerta de Lhardy, con su traje lleno de colorines y sus ojos preñados de sombra y sus labios pletóricos de luz.

LA DE LA MANTILLA BLANCA

La de la mantilla blanca.

Acodada sobre la delantera, con blanca mantilla encuadrando el moreno semblante y el mantón de Manila desprendiéndose por los hombros como una cascada de flores, estaba aquella española de pura raza siguiendo las peripecias de la lidia, las acometidas salvajes de la res y el bravucón gallardear de los lidiadores.

No defiende las corridas de toros; tampoco las censuro. Creo que, hoy por hoy, y gracias a lo mucho que les falta para estar completamente educados, necesitan

los hombres de un espectáculo brutal, que sea a manera de válvula por donde se escape y satisfaga la cantidad de fiera que hay en todo individuo.

Prueba de ello es que cada pueblo tiene su diversión bárbara, y yo, francamente, entre ver dos hombres riñendo a puñetazo limpio, dos gallos picoteándose, un gimnasta haciendo oposiciones a cadáver desde un trapecio, o ver a un torero burlando con su habilidad las embestidas de una fiera, prefiero lo último; resulta más artístico. Claro que si los caballos supiesen escribir, acudirían a la ley de Imprenta para rectificar esta opinión. Ellos constituyen con sus agonizares crueles la nota triste y repugnante de la fiesta española.

No es mi objeto latear a propósito del asunto; descuiden ustedes. Es que ayer, fijándome primero en la hermosísima joven que ocupaba una delantera de grada,

cerca de mí, ostentando la clásica mantilla y el floreado pañolón; recorriendo luego con los ojos (y unos gemelos) gradas, tendidos y palcos, para ver cientos y cientos de criaturas rubias, pelicastañas o pelinegras, que hicieron de sus cabelleras macetas de claveles, de las blancas tocas palios de encaje, y de los mantones, jardines, cuyas artificiales flores imploraban vida y color a la sangre ardiente de sus dueñas, sentí que los atavíos por ellas ostentados entonces, sólo se vean por excepción y no constituyan, con la mantilla de madroños y la airosa mantilla negra, el atavío normal de nuestras mujeres.

Debieran éstas usarlo siempre, porque privilegio de la mujer española es la gracia para tirarse el trozo de encaje sobre el moño y dejarlo adoselar sus ojos desafidores y sombrear la carne ardiente de sus caras, y revolverse sobre sus cuellos en

pliegues airosos y envolver las curvas de los hombros y las redondeces de los senos con ondas más encubridoras que cubridoras de las promesas en ellos palpitantes y ocultas.

Don exclusivo de nuestras mujeres es también el de ceñirse el mantón al cuerpo, para que sobre él ondule estrechándolo unas veces, abandonándolo otras; don suyo es, como lo es de los hombres nacidos en esta tierra, hecha con polvillo de sol, el de llevar capa y castoreño.

Don de unas y otros es; y triste que en España, donde aún no hemos desterrado multitud de cosas que nos afean, desterraremos lo único que nos podría embellecer el presente.

Sí, muchas cosas debieran suprimirse en España: empezando por el sistema de gobierno y acabando por el convento, muchas: desde el atraso social de nuestros

gobernantes, que apenas si en cuestiones obreras saben más que poner Guardia civil al auxilio de las codicias del patrono y responder con mauserazos a las reclamaciones del trabajador, hasta el despotismo clerical, que todo lo domina y todo lo invade: el colegio para apoderarse de los cerebros y el hogar para esclavizar las conciencias; muchas: desde el cacique que cubiletea votos y vende actas, hasta el favoritismo que entrega los puestos oficiales, no al más inteligente y al más honrado, al que tiene más recomendaciones y más plata; desde la Administración de Justicia hasta la Administración de Consumos; desde los planes de Enseñanza hasta los planes de Hacienda; desde nuestra manera de hacer leyes y formar costumbres, hasta nuestro modo de hacer barcos y formar ejércitos. Todo eso podíamos, ¡qué podíamos!, debíamos desterrarlo, supri-

mirlo, barrerlo, si queremos parecemos a las restantes naciones del mundo culto; y, sin embargo, a la presente sólo hemos hecho una operación para acercarnos a ellas: modificar la indumentaria, cambiar la mantilla por el sombrerete, la capa por el gabán y el castoreño por la chistera. Por lo demás continuamos lo mismo.

Lo mismo. Nos parecemos a la momia de Edgard Poe; una momia que al cabo de cien siglos recobró la existencia para enterarse de qué novedades habían descubierto los hombres desde que la enteraron, y encontró que sólo habían descubierto una: el agua de Colonia.

Así pensaba yo ayer en la Plaza de Toros contemplando la deliciosa criatura que recordaba con su clásica vestimenta, con su mantilla blanca y su pañolón de Manila, los majos y las manolas pintados por Goya, como aún lo recuerdan en ocasio-

nes nuestros hombres con sus capas bordadas y sus sombreros anchos; los recordaba, y me decía que fuera muchísimo mejor para la estética individual y las venturas nacionales, que los españoles, en vez de ir, como ahora vamos, caminando en leyes, procedimientos y costumbres hacia las épocas manolescas, con gabán largo, sombreretes horribles y botas sin tacón, caminásemos decididamente hacia el progreso con capas bordadas y con mantones de Manila, con sombreros a lo Velázquez y con mantillas a lo Goya.